



---

Rosenthal\_L\_1945

## **Review E. Fromm, >Die Entwicklung des Christudogmas< (1930a, Spanish)**

L. Rosenthal

Source: *Revista de Psicoanálisis Argentina*, Vol. 3 (No. 1, 1945), pp. 186-188.

Antes de abordar el tema que el título anuncia, el autor elabora el método a aplicar y demarca el problema en cuestión. Destaca que uno de los resultados más notables del psicoanálisis es el de haber superado la falsa oposición entre la psicología social y la del individuo. Por un lado, Freud señaló que no existe el individuo psicológico aislado de factores ambientales, pues busca las determinantes de su desarrollo psíquico en las relaciones sociales más tempranas; por el otro, aniquiló la ilusión de una psicología social que pretenda tener por objeto el grupo, como tal, o el “instinto gregario”. Las manifestaciones psíquicas colectivas deben comprenderse a partir de los mecanismos que actúan en el individuo, y no como productos de una hipotética “alma colectiva”. La distinción entre psicología personal y psicología social sería, pues, cuantitativa y no cualitativa. En otros términos, cuanto más se profundice el estudio psicológico de determinado individuo, tanto más se apartará la imagen obtenida del esquema general válido para la masa a que ese individuo pertenece. En este sentido, la “psicología del niño” debe ser considerada como una psicología social. Inversamente: cuanto más numerosos sean los objetos de una investigación psicológica, tanto menor será el conocimiento de la estructura psíquica total que presenta el individuo, elemento de ese grupo.

En consecuencia, la psicología colectiva no trabaja con métodos fundamentalmente distintos de los que emplea la personal, pero hay una diferencia de objetivos. “Dado que la psicología social no pretende captar la totalidad de la estructura psíquica de los miembros del grupo, sino tan sólo las actitudes psíquicas comunes a todos los miembros, puede ... renunciar al conocimiento de las vivencias infantiles individuales... y comprender las actitudes psíquicas comunes a través de la situación real, socialmente condicionada, en que estos seres ingresan después de los primeros años infantiles.”

Con tal criterio investiga los motivos de la transformación que sufrieron las nociones sobre la relación entre Dios-Padre y Jesús, desde la época en que surgió el cristianismo hasta la formulación del dogma de Nicea, en el siglo iv. La primitiva creencia cristiana del hombre martirizado que se convierte en Dios (doctrina adopcionista), contiene como núcleo central los deseos de derrocar y matar al Dios-Padre o a sus representantes terrenales, de modo que la figura de Jesús martirizado habría surgido, ante todo, del anhelo de identificación que animaba a la masa, y sólo estaría determinada secundariamente por la necesidad de expiar el crimen de lesa agresión cometido contra el Padre. Esta fe se explica porque sus portadores eran hombres cuyo destino les había llenado de odio contra sus dominantes y de esperanza de alcanzar la propia felicidad. La modificación de las condiciones económicas y de la composición social de



la comunidad cristiana —en suma: la modificación de las circunstancias exteriores— alteró a su vez la constitución psíquica de los cristianos y, con ello, el dogma que sustentaban: en lugar del hombre exaltado a la categoría de dios, aparece el hombre convertido en dios. Ya no ha de derrocarse al Padre; los dominantes ya no son culpables, sino que lo son los oprimidos; la agresión ya no se dirige contra aquéllos, sino contra la propia persona; la satisfacción se alcanza en el perdón y en el amor que el Padre concede al Hijo sometido, y al mismo tiempo en el rango real, paterno, que adopta Jesús martirizado, sin dejar de ser por ello un representante de la masa. De tal modo llega a convertirse en Dios sin necesidad de derrocar a éste, aceptándose que siempre ha sido Dios. Tras esta reacción contra la doctrina arriana se oculta una regresión aun más profunda, que halla expresión completa en el dogma de Atanasio oficializado por el concilio de Nicea: el Dios paterno, cuyo perdón sólo puede alcanzarse a través del propio sufrimiento, se convierte en la Madre misericordiosa que alimenta al Niño, que le aloja en su regazo y que así le concede el perdón. “Describiéndola con términos puramente psicológicos, la transformación que aquí se opera es la de una actitud hostil al padre, en otra pasivomasoquística sumisa y, por fin, en la del lactante amado por su madre”. Es decir, una evidente evolución regresiva. Si tal transformación se llevara a cabo en un individuo, sería expresión de una enfermedad psíquica. Pero se realiza en el curso de varios siglos; no afecta la totalidad de la estructura anímica individual, sino sólo un sector común a todos, y no es expresión de un trastorno patológico, sino, por el contrario, de la adaptación a la realidad social dada. La fantasía cristiana primitiva era tan adecuada para las masas que aun podían abrigar una perspectiva de derrocar a la clase dominante, como el dogma católico lo era para las masas del medioevo. Las causas de tal evolución residen en la modificación de las circunstancias económicas, es decir, en el retroceso de las fuerzas productivas y en las consecuencias sociales del mismo. Los representantes de las clases dominantes intervinieron en este proceso y trataron de reforzarlo y acelerarlo, sugiriendo a las masas fantasías tales que les proporcionaran satisfacción (fantástica) y que desviarán su agresividad a caminos socialmente inofensivos. El catolicismo significó un retorno solapado a la religión de la Gran Aladre, como triunfador de la cual había surgido Jahve. Sólo el protestantismo se funda de nuevo en Dios-Padre, inaugurando así una época sociológica que acepta y facilita la actitud activa de las masas, en contraste con la actitud pasivo-infantil de la Edad Media.

El trabajo de Erich Fromm es un ejemplo valioso de la orientación sociológica en la literatura analítica cuyos mejores representantes, aparte del autor, son Siegfried Bernfeld, Erwin Kohn, Emil Lorenz, Sergei Feitelberg, Félix Boehm, Wilhelm Reich, Aurel Kolnai y Otto Fenichel, los dos últimos en cierta época y en cierta medida.